



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Notas sobre la frontera norte en la novela mexicana

Autor: García Núñez, Fernando

Forma sugerida de citar: García, F. (1988). Notas sobre la frontera norte en la novela mexicana. *Cuadernos Americanos*, 4(10), 159-168.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año II, Núm. 10, (julio-agosto de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

NOTAS SOBRE LA FRONTERA NORTE EN LA NOVELA MEXICANA

Por *Fernando* GARCÍA NUÑEZ
UNIVERSIDAD DE TEXAS

EL TÉRMINO "frontera" es uno de tantos usado cotidianamente, pero carente de una definición o descripción precisa. Lo utilizamos sin más para referirnos a la demarcación territorial que divide a un país de otro, mas su connotación rebasa el ámbito geográfico para entrar en terrenos sociales, culturales y económicos. La línea divisoria misma carece de importancia, además de la demarcación territorial limítrofe. Empero la vida que se desarrolla alrededor de esa línea sí es importante y cobra ciertas características peculiares que la diferencian de la vida en el interior de los correspondientes países. La frontera, en cuanto forma de vida, no tiene límites definidos: en ella confluyen gentes, actitudes, valores y conflictos oriundos del contacto diario entre dos sistemas de vida distintos, pero entremezclados a pesar de las aduanas y de las revisiones migratorias.¹ La frontera es, en todo caso, más que el punto de separación entre dos culturas, el punto donde mayormente convergen ambas, aunque sea sólo para distinguirse.² Esto lo saben muy bien quienes habitan la frontera norte de México con los Estados Unidos de Norteamérica, porque lo viven día a día. En las presentes notas pretendemos mostrar cómo se ve dicha frontera en unas cuantas novelas mexicanas, escogidas al azar; nuestro intento es inicial y exploratorio, sin pretensión alguna de exhaustividad.

¹ El concepto de frontera implica necesaria y simultáneamente el de nacionalismo, o sea, la identificación de un grupo con ciertos ideales y códigos comunes (oficializados casi siempre a través de una constitución) de vida, cultura, lengua, creencias, economía, etcétera, en un territorio claramente delimitado. La identificación trae consigo la exclusión o diferenciación de los que no participen de esa comunidad: los extranjeros.

² El constante proceso de convergencia y divergencia que se da en toda frontera quizás podría asemejarse teóricamente a lo propuesto por Gilles Deleuze para explicar la dialéctica del conocimiento humano: un proceso constante de diferenciación y repetición, en *Différence et répétition*, Paris, PUF, 1968.

Al plantearse este trabajo, lo primero que viene a la mente es la ausencia casi total de obras literarias mexicanas —no sólo novelas— que versen sobre la frontera como sistema de vida propio del área limítrofe.³ La mayoría de los escritores mexicanos no se han interesado en ella en cuanto tal, sino que desde el centro de México, la capital, han ido formulando un concepto teórico de la frontera que tiene como propósito fundamental establecer los límites o diferencias culturales, sociales, políticas y económicas entre México y los Estados Unidos. A ello han dedicado un gran número de páginas desde hace muchos años. Así es que, bajo una perspectiva metodológica, por un lado puede hablarse de las obras que han tratado expresamente la vida de los habitantes de la zona limítrofe y, por el otro, de las obras que pretenden definir o delimitar a México ante los Estados Unidos desde un punto de vista más teórico o filosófico. Seguiremos esta división en nuestro estudio.

La aproximación a la frontera teórica entre ambas culturas surge en la literatura mexicana con anterioridad al acercamiento a la frontera real, sobre todo en los ensayos: México, como otros países de Hispanoamérica al iniciarse el siglo XIX, comenzó a ver hacia sí mismo utilizando como espejo la imagen que se formó de los Estados Unidos. Esa imagen es el punto de partida para su autoanálisis, acompañado a veces de simpatías miméticas y otras de desprecio enconado. Muchos de los países hispanoamericanos recién independizados de España, incluido México, pusieron sus ojos envidiosos en el progreso y el orden generados por el sistema de vida norteamericano. Pero todavía en la actualidad se acostumbra, por ejemplo, medir el progreso y el atraso de México tomando como metro a los Estados Unidos. Por ello no es extraño que Octavio Paz, por ejemplo, comience la reflexión sobre la esencia del mexicano a partir precisamente de las diferencias entre lo mexicano y los estadounidenses, en su famoso ensayo *El laberinto de la soledad*.⁴ Lo mismo habían hecho mucho antes, con respecto a la cultura hispanoamericana, entre otros los ensayistas José Enrique Rodó en su *Arrel* y José Martí en "Nuestra América".

¿En qué consiste esta frontera teórica o filosófica entre el sistema de vida mexicano y el norteamericano? Ésta es una pregunta a la que cotidianamente se le agregan más y más respuestas, aunque quizás podamos proporcionar algunos de los lineamientos sugeridos.⁵ Lo mexicano incluiría una visión de la vida arraigada en

³ Una excepción sería la obra de teatro *Los desarraigados* de J. Humberto Robles Arenas, México, INBA, 1962.

⁴ Véase principalmente el capítulo inicial, "El pachuco y otros extremos" México, FCE, 1959.

⁵ Las ideas aquí expuestas deben mucho a las obras citadas de Octavio

el pasado más que en el futuro, cimentada en la fruición y no en lo utilitario, orientada hacia los ideales del catolicismo medieval y no hacia las dudas originadas por la Reforma. Algunos de estos lineamientos podrán parecer signados por el estereotipo en pro de lo mexicano y en contra de lo estadounidense, pero reclaman para sí fuentes tan añejas y arraigadas que se extienden hasta las disensiones renacentistas de España e Inglaterra. Estas, de alguna manera, tendrían todavía vigencia en el mundo mexicano y en el anglosajón respectivamente. Además en ellos todavía se encontrarían las actitudes de la Contrarreforma y la Reforma: el sistema de vida anglosajón habría prevalecido desde la derrota de la Armada Invencible española a manos de los ingleses, hace varios siglos.

El concepto teórico de frontera, por lo demás, toma también sesgos demagógicos en algunos pensadores y políticos mexicanos contemporáneos. Para algunos de ellos —lo podemos comprobar casi a diario en la lectura de los periódicos y revistas de la ciudad de México—, la frontera debería ser el área de contención del imperialismo cultural de los Estados Unidos. Es decir, la zona limítrofe debería lucir un mexicanismo a ultranza que hiciera imposible la penetración de los ideales norteamericanos en el interior del territorio mexicano. Estos pensadores piden a la frontera mexicana lo que se exige, en otro campo, a los agentes aduanales y de inmigración: controlar el paso de elementos extraños a los ideales del país. El problema implícito en este concepto de frontera consiste en olvidar que las actitudes culturales y políticas no precisan pasaporte para introducirse en las naciones. Cuando los fronterizos no funcionan como baluarte o defensa, estos pensadores los acusan de traidores a la patria y anglófilos.

La escasez de obras de literatura mexicana dedicadas a la vida de los habitantes de la zona divisoria norte contrasta con la relativa abundancia de la "*Frontier Literature*",⁷ por parte de los escritores norteamericanos, y hace imperativa la interrogación del

Paz (véanse notas 4 y 17) y a *Tiempo mexicano*, de Carlos Fuentes, México, Joaquín Mortiz, 1971.

* La perspectiva de la frontera norte en las publicaciones capitalinas es poco a poco más adecuada. A ello han contribuido principalmente Jorge Bustamante y su equipo de investigadores de El Colegio de la Frontera Norte, como puede verse en los periódicos *Unomásuno* y *La Jornada*, y en las revistas *Proceso*, *Siempre!*, *Nexos*, etcétera.

⁷ No hay que olvidar que en los Estados Unidos una cosa es la "*Frontier Literature*" y otra la "*Border Literature*". La primera habla de las avanzadas del anglosajón en la conquista de los territorios dominados por los indios o los españoles o los mexicanos. La segunda equivaldría propiamente hablando a lo que en español llamamos literatura de la frontera: la de la zona limítrofe entre ese país y México.

porqué de tal parquedad. No poseemos una respuesta satisfactoria, pero creemos que a ello ha contribuido en parte la organización centralista de la política, la cultura y la economía mexicanas. Éstas, es bien sabido, se concentran principalmente en la ciudad de México, el centro, así como, en grado mucho menor, en áreas urbanas como Guadalajara y Monterrey. La misma dominante se manifiesta en los escritores establecidos, la mayoría de los cuales vive en la capital, unos cuantos en la provincia y muy contados en la frontera.

Las pocas obras que hablan de la frontera se dedican más bien al lado americano que al mexicano; en verdad, no existe ninguna obra mexicana de algún renombre que verse sobre la frontera mexicana. Ésta, por extraño que parezca, ha sido cubierta mejor por la literatura chicana, como puede verse, por ejemplo, en *Peregrinos de Aztlán*, de Miguel Méndez,⁸ y en *El diablo en Texas*, de Aristeo Brito.⁹

La frontera norteamericana, centrada en Texas, se describe en *Murieron a mitad del río*, del mexicano Luis Spota,¹⁰ en la presentación de la tragedia de los indocumentados al cruzar la frontera. En ella el autor hace que José Paván, el protagonista, distinga con ingenuidad la manera de comportarse los tejanos con los indocumentados frente a la del resto de los norteamericanos con los mismos: "Pero no hay que mezclar a la democracia norteamericana, ni culparla tampoco. Esto sólo acontece en Texas, que no es lo mismo..." dice Spota en el Preámbulo (p. 8). Luego agrega Paván: "Y he visto que, en Texas, ser mexicano no es una nacionalidad sino un oficio. El peor y el más despreciable de todos". (p. 9). Al terminar la novela Paván ya no es el mismo:

No era el mismo. El "otro lado" lo había cambiado. Ahora regresaba, siguiendo las huellas de quienes lo antecedieron; sintiendo sus mismos sentimientos de fracaso, dolor y rabia. Pero volvía distinto: murió del otro lado, no en lo físico, como Lupe, sino en lo espiritual. Texas, y lo que encerraba, operaron la transformación: regresaba amargado, endurecido, frustrado. (p. 261)

La frontera teórica, pero enmarcada en la frontera real norteamericana, es el espacio de *Ciudades desiertas*, novela de José

⁸ Tucson, Editorial Peregrinos, 1974. Méndez sitúa su novela principalmente en el área del desierto de Sonora, sobre todo en la ciudad mexicana de Nogales y la norteamericana de Tucson.

⁹ Tucson, Editorial Peregrinos, 1976. La acción tiene como marco casi exclusivo la población texana de Presidio y la chihuahuense de Ojinaga.

¹⁰ 2a. edición, México, Libro Mex Editores, 1959.

Agustín,¹¹ en la cual se hace una presentación melodramática de las diferencias entre el sistema de vida norteamericano y el mexicano, como representación de las dificultades de las relaciones entre el hombre y la mujer en un México machista. El propósito fundamental de la novela no es la descripción estereotípica del carácter norteamericano, como podría sugerir una primera lectura, sino el hacer tomar conciencia al macho de la dignidad y valor de la mujer. Pero también conviene hacer notar que la forma literaria a utilizar para tal fin es el melodrama. En consecuencia habrá exaltación deliberada de los sentimientos y exageración en los estereotipos tanto del norteamericano como de la mujer liberada y del macho mexicano. Pero al terminar el melodrama todo se resolverá, como en las buenas telenovelas, con felicidad.

Es interesante que José Agustín haya tomado como espacio donde se produce la catarsis del macho mexicano a los Estados Unidos de Norteamérica. No se nos dice en la novela por qué razones los protagonistas necesitaron viajar allá para poder llevar a cabo la transformación en sus relaciones amorosas. Quizás José Agustín inconscientemente considera que en ese país la libertad se ha llevado más adelante que en México. Aunque tal consideración sería involuntaria, puesto que la novela ataca frontal, exagerada y humorísticamente las normas de vida norteamericanas, con énfasis especial en la académica y la universitaria.

José Agustín, en una entrevista concedida a Marco Aurelio Carballo, ha dicho haber escrito esa crítica para olvidarse definitivamente de la oportunidad, por él rechazada, de radicarse permanentemente en los Estados Unidos como profesor en la Universidad de Nuevo México en Albuquerque.¹² Bajo esa perspectiva la novela, con sus críticas al sistema universitario estadounidense, implicaría insultar deliberadamente para cerrarse las puertas de ese país. Pero la realidad novelística desprendida de la lectura del libro es distinta de la aportada por las declaraciones de José

¹¹ México, Edición, 1982.

¹² Véase la entrevista de Marco Aurelio Carballo con "El creador del lenguaje de la 'onda': José Agustín", en *Siempre!*, núm. 1588 (1983), pp. 32-34. Allí, a la pregunta de Carballo "¿Es premeditada la crítica a Estados Unidos en el libro?", contesta José Agustín: "Es absolutamente premeditada. Fue una manera de quitarme cualquier deseo de radicarme definitivamente en Estados Unidos. Me ofrecieron una chamba de por vida con un salario sensacional en la Universidad de Nuevo México. Decir no, me costó un trabajo muy grande. Además siempre he estado muy influenciado por la verdadera cultura de Estados Unidos y necesitaba enfrentarme a ella críticamente. Entonces *Ciudades desiertas* fue la oportunidad de hacerlo. Creo que la crítica es bastante justa y mucho más profunda de lo que se puede creer". (p. 3; el subrayado es mío).

Agustín; en la novela el macho mexicano precisa la estancia en los Estados Unidos para poder reconocer a la mujer en su valía individual.

Una de las escasas novelas desarrolladas en el espacio de la frontera mexicana real es *Todo lo de las focas*, de Federico Campbell.¹³ En ella un narrador en primera persona y en permanente monólogo, sin conciencia de la escritura, va presentándonos diversas imágenes de una mujer, real o ficticia, por quien siente obsesión compulsiva. Quizás el monólogo continuo responda a la exigencia de tenerla siempre presente, aunque sea en la ausencia de las palabras, de las fotografías o de los lugares de Tijuana supuestamente recorridos por ambos en tiempos tan remotos como los años treinta de nuestro siglo y tan contemporáneos como los nuestros. Esto tiene como trasfondo la presentación evolutiva de Tijuana desde un pequeño pueblo a la ciudad fronteriza de la actualidad. Al final, después de innumerables intentos por verbalizar a la mujer, ésta queda tan misteriosa como al principio.

El desarrollo más extenso e intenso del espacio narrativo, tanto de la frontera mexicana real como de la teórica, se da en la novela de Carlos Fuentes, *Gringo viejo*, que confronta la cultura mexicana y la norteamericana.¹⁴ En ella, una voz narrativa omnisciente, en tercera persona, relata la rememoración interior de una estadounidense (Harriet Wilson), ya anciana, de su corta estancia —cuando ella era joven— en el México revolucionario, cuya visión de la vida contrapuntea insistentemente con la del norteamericano de la época de las fronteras, representado por el periodista Ambrose Bierce. Esta oposición va delineando las semejanzas y diferencias de las culturas norteamericana y mexicana de principios de siglo aunque indirectamente obliga a los lectores de hoy a verificar el mismo proceso en las circunstancias actuales de ambos países.

En la novela hay tres nociones de frontera bien identificadas: la de la geografía política, la cultural y la interiorizada. La primera se concreta principalmente a las ciudades fronterizas de El Paso, Texas y de Ciudad Juárez, Chihuahua, así como al desierto chihuahuense. La segunda implica el conjunto de realidades culturales propias de México y los Estados Unidos, respectivamente. La tercera es la interiorización que cada persona ha hecho de esas realidades que constituyen, para ella, e independientemente del lugar donde se encuentre, a su país (pp. 13, 20 y 143). Estos tres conceptos son manejados por el narrador para persuadir a los

¹³ México, UNAM, 1982.

¹⁴ México, FCE, 1985.

mexicanos y a los estadounidenses a reconocer y respetar sus diferencias.

La persuasión pretende darse a través de un ciclo casi dramático, orquestado principalmente por el Gringo viejo, en dos de los protagonistas: Harriet y Arroyo. Los dos perciben las diferencias nacionales como defectos, no como posibles indicadores de la otredad. La oportunidad de Harriet y de Arroyo de convivir uno con el otro, bajo el hostigamiento constante del Gringo viejo, les hace cambiar de actitud: ambos reconocen la idiosincrasia de cada cultura. Antes del cambio Harriet considera que México es un país extraño, caótico, salvaje y orientado hacia la dejadez y el despilfarro (p. 102). Además, al considerar a México y al resto de Hispanoamérica como el "patrio trasero" de los Estados Unidos (*cf.* pp. 95, 97), le está concediendo a este último país un dominio natural sobre los otros; mientras que a éstos les está negando la categoría de tales al tenerlos como parte de su propio país. Según Harriet el México revolucionario no precisa de armas ni de violencia, sino de una educación norteamericana sobre cómo hacer las cosas: con constancia, orden, precisión y honestidad (p. 46).

Arroyo juzga a los Estados Unidos como un país distante y extraño, extremadamente pulcro y aséptico (p. 123). Además, en repetidas ocasiones declara a los norteamericanos como incapaces de conocer la realidad mexicana. El Gringo viejo, por su parte, se sitúa en un punto intermedio, proveniente de una actitud ya traída consigo desde antes de llegar a México: reconoce y respeta, sin que esto le impida criticar, las diferencias entre México y su país. Los tres protagonistas, ayudados a veces por otros personajes y por la voz narrativa, van señalando poco a poco los rasgos distintivos de ambas culturas.

Se dice que el mexicano presupone que el gringo es un enemigo misterioso (pp. 21 y 25) al cual hay que tener rencor (pp. 17 y 137) y odio. A veces ni siquiera se lo percibe como persona (p. 15). El mexicano también tendría su misterio al intentar esconder su manera de ser anteponiendo los títulos, como disfraz, al nombre propio (p. 25), al no decir las cosas directamente sino a través de rodeos o circunloquios (p. 138), y al ocultar la verdad y actuar contradictoriamente (*loc. cit.*). El mexicano se distingue del norteamericano inclusive en sus olores, comida (p. 20) y manera de caminar (p. 134), pero también en su modo de concebir la religión y sus ritos: para el mexicano Cristo asume las debilidades humanas del dolor y la suciedad que lo acompañan en su muerte en la cruz (p. 103). El mexicano es un ser fundamentalmente sedentario. Para él es de valor inconmensurable el "no abrirse"

(p. 127), como las mujeres, ni pedir *perdón*; en su tabla de valores predomina la dignidad sobre la caridad (p. 127).

Los vicios y defectos del mexicano, mezclados contradictoriamente con sus virtudes, se observan cuando se lo considera prototipo del "indolatino cabal": "los gringos lo vieron [a Arroyo] de lejos pero lo vieron de cerca, cruel y tierno, justo e injusto, vigilante y laxo, resentido y seguro de sí, activo y holgazán modesto y arrogante: un indolatino cabal" (p. 138).

Pero la diferencia más importante del modo de ser del mexicano proviene de su mestizaje o su capacidad histórica de poder vivir y mezclarse con otras personas distintas de él, según le explica el Gringo viejo a Harriet:

recuerda que matamos a nuestros pieles rojas y nunca tuvimos el valor de fornicar con las mujeres indias y tener por lo menos una nación de mitad y mitad. Estamos capturados en este negocio de matar eternamente a la gente con otro color de piel. México es la prueba de lo que pudimos ser... (p. 77).

Los norteamericanos viven en un mundo distante y lejano a México (p. 123). Su comida es diversa (p. 123), así como su manera de caminar (p. 136). Pero lo que más controla su manera de ser es el deseo permanente del deber plena y prontamente cumplido, en todos los ámbitos (pp. 45-46). De esta forma las continuas guerras contra los débiles y los extraños (pp. 43, 45-46, 61 y 94) se justifican por la caridad o el destino (p. 116),¹⁵ aunque su origen fundamental proviene de haberse cerrado el norteamericano al mestizaje (p. 77); es decir, haber desconocido al otro como otro y, en consecuencia, poderlo matar.

El imperativo ético obliga a los norteamericanos a no manifestar sus emociones (p. 136) para no correr el riesgo de destruirlas, y a procurar ser siempre más virtuosos y veraces (p. 142). En este contexto se encuentra la manifestación constante del arrepentimiento, inclusive por las cosas más nimias en el repetitivo "lo siento" (p. 127), así como el impedir la manifestación de los instintos salvajes. Esta represión influiría inclusive en la arquitectura de ciudades como Washington, en la que la abundancia de monumentos y edificios clásicos tiene como función ocultar lo silvestre de la vegetación en una domesticidad aparente (pp. 51, 52,

¹⁵ Ésta es la definición que Ambrose Bierce proporciona de "destino" en *The Devil's Dictionary*, 4a. ed., Cleveland, The World Publishing Company, 1943, p. 70: "DESTINY, n. A tyrants authority for crime and a fool's excuse for failure".

53 y 105-106). En esta concepción Cristo no puede nunca ser representado sino apacible y puramente por los norteamericanos:

Jesús el redentor vivía liberado para siempre de la carne, de la escultura, de la pintura, un espíritu impalpable volando en aras de la música: un Dios de verdad que nunca podría sangrar, comer, fornicar, o evacuar, no como el Cristo mexicano". (p. 103)

Según el Gringo viejo, México es la frontera más difícil y olvidada de los Estados Unidos (p. 176) porque México es lo que ellos serían si se hubiera dado allí el mestizaje. Mas, a pesar de las distancias, hay también coincidencias: con la Revolución los mexicanos poseen una movilidad territorial semejante a la que siempre tuvieron los estadounidenses (pp. 13, 99, 122 y 123). Además la Revolución, como otros movimientos, revela la búsqueda de sí mismo del mexicano, a la manera que el norteamericano ha buscado su identidad en la Guerra Civil, así como en otras empresas. Una coincidencia más sutilmente expuesta es la de la participación de ambos en los aspectos salvajes o instintivos de la vida, aunque con características distintas: mientras en México lo salvaje se exhibe casi escandalosamente en el machismo, por ejemplo, en los Estados Unidos se lo maquilla con la virtud y el deber, justificadores del ejercicio bélico permanente y del exterminio o sumisión de los otros (indios, negros, mexicanos, etcétera).

Una vez sufridas y gozadas las diferencias y las semejanzas, puede darse la catarsis. Así Harriet desea convivir con México:

No, no, yo quiero aprender a vivir con México, no quiero salvarlo... que estas palabras no significaban nada, salvar a México para el progreso y la democracia, y que cada uno llevaba adentro su México y sus Estados Unidos, su frontera oscura y sangrante que sólo nos atrevemos a cruzar de noche: eso dijo el gringo viejo. (p. 177)

Aunque ella sabe que nunca podrá ser verdaderamente mexicana (p. 186). Además acepta la opinión del Gringo viejo de que México es otro país distinto, pero no es ni tan perverso ni tan salvaje (pp. 106-107) como creía antes. Mientras que Arroyo llega a pedir a los norteamericanos: "Sean nuestros sin dejar de ser ustedes" (p. 108).¹⁰

¹⁰ Conviene aclarar que la catarsis no implica un juicio de valor superior acerca de una cultura u otra. Las dos tienen valores y defectos, constitutivos esenciales e indispensables de toda cultura. Esta paridad axiológica la expresa sarcásticamente Bierce en su *The Devil's Dictionary*, p. 148, cuando define el término "IMMIGRANT, n. An unlightened person who thinks one country better than another".

De esta forma, la tesis propuesta por Fuentes en la novela podría resumirse así: México y los Estados Unidos son diferentes, y, consecuentemente, ambos tienen que aceptarse como tales. Pero para que eso sea realidad es necesario que se conozcan uno al otro en sus diferencias, reales o imaginarias, así como en sus coincidencias. Esta propuesta es muy semejante a la que Fuentes y Octavio Paz, por separado, aunque con influencia evidente del segundo sobre el primero, han desarrollado extensamente en varios de sus ensayos.¹⁷

La frontera, producto de la imagen que los demás se hacen de nosotros y que nos hacemos de nosotros mismos, no es sino el efecto de un principio fabulador que opera en toda la novela: "todos somos objeto de la imaginación ajena..." (pp. 137-138).¹⁸ Esta, quizás en base a la realidad, establece que la verdadera diferencia es la interiorización que los respectivos ciudadanos tienen de México y de los Estados Unidos (pp. 13, 20, 143 y 177). De este modo las historias de Ambrose Bierce, enmarcadas en el Gringo viejo, y las de Harriet y Arroyo, no son sino pretextos utilizados por Fuentes para sugerir una enseñanza moral, extensiva al resto de Hispanoamérica: un mejor conocimiento y comprensión de ambos países entre sí.

¹⁷ Fuentes ha expuesto estas ideas principalmente en *Tiempo mexicano*, mientras que Octavio Paz ha escrito numerosos ensayos comparativos de México y los Estados Unidos. El más conocido es el ya mencionado *El laberinto de la soledad*. Un enfoque más actualizado y sistemático de la cuestión, muy visible en la novela de Fuentes, es "México y Estados Unidos: posiciones y contraposiciones", en *México en la obra de Octavio Paz*, sel. y pról. de Luis Mario Schneider, México, Promexa, 1979, pp. 112-202. Ciertos aspectos más particulares del tema se encuentran brevemente desarrollados en "Estrenar decadencia", en *Vuelta*, núm. 45 (1980), pp. 45-47 e "Ideologías y realidades: México y Estados Unidos", *Vuelta*, núm. 74 (1983). Paz hace un estudio antropológico de los hábitos culinarios y amorosos, principalmente de los norteamericanos, en partes de *El agro ílantrópico*, Barcelona, Seix-Barral, 1979.

¹⁸ La definición de "frontera", dada por Ambrose Bierce en *The Devil's Dictionary*, parece también ajustarse a este principio fabulador: "BOUNDARY, n. In political geography, an imaginary line between two nations, separating the imaginary rights of one from the imaginary rights of the other", p. 40.